

LEYENDAS, EPISODIOS

y

TRADICIONES.

LEYENDAS, EPISODIOS

TRADICIONES



DOÑA INES DE SALDANA

LEYENDA HISTÓRICA

Un anciano respetable me contó la triste historia que he guardado en la memoria cual reliquia venerable. Hoy repetiros me es dable sus palabras una á una: es la lección oportuna y oportuna la ocasión, que hay quienes el corazón confían á la fortuna.

Poco aficionado á cuentos,
elijo la realidad,
porque es siempre la verdad
más útil que los inventos.

El año mil setecientos
y nueve, que del olvido
en la sima ya ha caído,
la triste historia pasó
que el anciano relató
con acento conmovido.

“En una noche sombría
como las dudas del alma,
Campeche en profunda calma
tranquilamente dormía.
Ni un leve rumor venía
aquella calma á turbar,
y ni al proceloso mar,
gigante entonces dormido
en blando lecho mullido,
se escuchaba murmurar.

Sólo en un alto balcón
de un edificio espacioso,
que era hogar de un generoso
hidalgo, de gran blason,
mirábase á la sazón,
cómo indecisa brillaba
una luz, y se ocultaba,
y luego á brillar volvía
detrás de la celosía
que la ancha puerta adornaba.

En este rico aposento,
devorando pena extraña,
estaba Inés de Saldaña,
la heroína de mi cuento.
Fijaba su pensamiento,
lleno de cruel amargura,
en su inmensa desventura,
y poseída de espanto,
dejaba correr del llanto
la fuente abundosa y pura.

Sus grandes azules ojos,
que antes la dicha albergaban,
tristes sombras hoy velaban,
fruto de crueles enojos.
De sus labios siempre rojos,
como la flor del granado,
el carmín se había ausentado,
y la cruel melancolía
ya con sus tintes había
los rojos labios sombreado.

Era su frente serena,
virginal y sin mancilla,
como la luna que brilla
en noche de encantos llena;
visión que el alma enajena,
sueño de gratos amores,
cuando libre de dolores
un tiempo noble se erguía,
y allí la virtud lucía
sus fulgentes resplandores.

Mustia y pálida hacia el suelo
 ahora triste se inclinaba,
 como flor á que faltaba
 la apacible luz del cielo.
 ¡Pobre niña! el desconsuelo
 su frente hirió con el ala;
 desvaneci6se la gala
 de su espléndida belleza,
 y en brazos de la tristeza,
 del dolor subió la escala.

II

Los restos de una bujía,
 de la muerte entre las ansias,
 sus moribundos reflejos
 de vez en cuando lanzaban.
 Las sombras sus negras tocas
 extendían en la sala,
 y las sombras unas veces
 y otras la luz dominaban.
 Fué el silencio interrumpido
 por dos graves campanadas
 que sonaron en la torre
 de la iglesia más cercana.
 —¡Las dos, y Arturo no viene,
 exclamó la triste dama,
 y á las doce de la noche
 me ofreció venir sin falta!
 Arturo me ha prometido
 ser mi esposo... ¡oh Dios! me engaña.

¡Vanos son sus juramentos
 y sus promesas livianas,
 que el viento del desengaño
 como á la niebla desgarró!
 ¡Héme aquí, triste y á solas!
 ¡Héme aquí ya abandonada,
 marchita de la inocencia
 la flor de suave fragancia!
 Así dijo, y á sus ojos
 surgieron fuentes de lágrimas,
 y á sus labios contraídos
 por la pena más amarga,
 quejas, reproches, sollozos,
 tristes lamentos del alma.
 Dobló ante el dolor la frente,
 que es el dolor grave carga,
 y cayó desfallecida
 la mujer infortunada...

Por el balcón más cercano,
 un hombre envuelto en su capa
 deslizóse cautamente,
 como si fuera un fantasma.
 Llegóse á Inés, levantóla,
 y mirándola con ansia,
 partir quiso presuroso
 llevando tan dulce carga.
 Abrióse una puerta entonces,
 dejando libre la entrada
 á un caballero embozado,
 como el otro, en negra capa.
 —Por fin te encuentro,—le dijo

con ronca voz, alterada
 por la cólera y el odio, —
 al fin te encuentro, pirata.
 Lavaré en tu sangre impura
 mi honra por tí mancillada.
 —Tened la lengua, Don Jorge,
 que ya mi cólera estalla.
 ¿Mi sangre, decís, mi vida,
 á la honra vuestra hacen falta?
 ¡Vive Dios, venid por ellas
 ¿qué esperáis? ¡venid, Saldaña!
 Así replicó aquel hombre,
 y requiriendo la espada,
 esperó ya apercibido
 para la cruenta batalla.
 Al escuchar estas voces,
 que hondamente agitan su alma,
 Inés volvió del letargo
 en que el dolor la embargaba,
 y un grito lanzó diciendo:
 —¡Mi padre!... ¡Arturo!... Salvada
 mi honra será, padre mío:
 arroja lejos el arma,
 que me ha prometido Arturo
 ser mi esposo, no me engaña,
 que ha venido á conducirme
 hacia el altar.
 —¡Desdichada!
 ¿Esposa Inés de Saldaña
 tú sueñas ó desvarías.
 que roba, que incendia y mata,
 y es el terror de las gentes

y el azote de las playas
 ¿Esposa ser, no de Arturo
 que ese hombre así no se llama,
 sino del fiero Barbillas,
 el desalmado pirata?
 Antes muerta yonté mire!
 —¡Barbillas! gritó la dama,
 y el terror y la vergüenza
 y la duda y la venganza
 y mil pasiones se vieron
 reflejar en su mirada.
 Otra vez volvió la frente
 ante el dolor, sin esperanza
 mirando desvanecida,
 cual copo de nieve blanca
 que el sol con sus rayos besa
 en la fragosa montaña.
 Los dos hombres encubiertos,
 los ojos lanzando llamas,
 se acometieron valientes,
 lleno el corazón de rabia.
 Fué terrible aquella lucha,
 horrenda fué la batalla,
 indecisa la victoria,
 por largo tiempo, la palma
 á otorgar no se atrevía;
 mas Don Jorge, al fin, la espada
 de su contrario, en el pecho
 sintió cómo penetraba.
 Lanzó dolorosa queja,
 miró á Inés, miró al pirata,
 soltó su mano del acero

y en tierra cayó sin alma: boca le y
 Loca de dolor y espanto, boca le y
 sueltas las crenchas doradas, boca le y
 de su hermosa cabellera, boca le y
 en las ebúrneas espaldas, boca le y
 hacia su padre lanzóse, boca le y
 y al cuerpo inerte abrazada, boca le y
 Doña Inés entre congojas, boca le y
 sus lamentos exhalaba, boca le y
 Besó mil veces el rostro, boca le y
 en que ya la muerte airada, boca le y
 su faz adusta y sombría, boca le y
 ante sus ojos mostraba, boca le y
 Entre sus manos convulsas, boca le y
 como flores azotadas, boca le y
 por el turbión, las del muerto, boca le y
 con ansiedad estrechaba, boca le y
 Y azó la voz conmovida, boca le y
 por el llanto entrecortada, boca le y
 y "¡padre!—gritó llorando, boca le y
 perdona ¡oh padre! mi falta, boca le y
 ¡Tú me diste la existencia, boca le y
 Yo de tu muerte soy causa! boca le y
 ¡Tú me diste amor sublime, boca le y
 y yo el corazón, liviana, boca le y
 entregué á un desconocido, boca le y
 que mi candor engañaba! boca le y
 ¡Me perdonas? ¡oh, responde! boca le y
 ¡responde á tu Inés amada, boca le y
 que la razón me abandona! boca le y
 Mas el silencio sellaba, boca le y
 los labios, yertos y mudos, boca le y

de Don Jorge de Saldaña.
 La verdad rasgó su velo:
 la huérfana desdichada
 sintió desplomarse un mundo
 de pena horrible en el alma:
 sus labios se contrajeron,
 se extraviaron sus miradas,
 y turbó el silencio grave
 su convulsa carcajada.
 ¡Loca!—murmuró Barbillas,
 mojó su faz una lágrima,
 ¡que era tal vez la primera
 que á sus ojos asomaba!
 Vaciló... miró su mano
 por roja sangre manchada,
 y el terror y la zozobra
 contrajeron su faz pálida.—
 ¡Loca!—repitió de nuevo,
 pasó la diestra crispada
 por su frente sudorosa...
 se embozó, al fin, en su capa,
 miró á Inés y miró al muerto,
 y se alejó de la estancia.

